

Os daré pastores

El supremo pastor, el mayoral de los pastores es Jesucristo, el buen pastor. El es el pastor que ha dado la vida por las ovejas, muriendo por nosotros en la cruz y resucitando para nuestra salvación. Y ha pensado su Iglesia con pastores según su corazón. Decididos a dar la vida con él, para que todos tengan vida abundante.

“Jesús al ver a las gentes extenuadas y abandonadas, como ovejas sin pastor, se compadecía de ellas” Un corazón compasivo, como el de Jesús, no es insensible a las múltiples carencias de los hombres. Las de entonces y las de ahora. Cuántas personas siguen gregariamente la moda, se dejan llevar por todo viento de doctrina, están agotadas y abandonadas, como una oveja que ha perdido el norte y no tiene pastor. Mucha gente, también hoy, va camino de perdición. No puede ser feliz en este mundo y se está jugando la felicidad eterna.

En este contexto evangélico y tremendamente actual, Jesús nos invita a “rogar al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies”, porque la mies sigue siendo muy abundante y los trabajadores siempre son pocos. La clave de la pastoral vocacional sigue siendo la oración de petición. Hemos de contribuir entre todos a poner a la Iglesia en estado de oración permanente, para pedir al dueño de la mies que mande trabajadores a su mies. Los pastores que la Iglesia necesita son siempre un don inmerecido, y por eso hay que pedirlos con toda humildad y perseverancia, porque hacen falta de verdad. Hacen falta nuevos pastores y hace falta que sean fieles y perseveren los que ya lo son.

Jesús llamó por su nombre y apellidos a cada uno de los Doce y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia. El demonio anda suelto muchas veces. Se necesita Dios y ayuda para detener sus conspiraciones. Los Doce reciben esta misión, la de derrotar las artimañas de Satanás. Y hay espíritus que sólo se expulsan con oración y ayunos. El poder de Jesús es superior al poder del demonio y al de todas sus estrategias. Pero el apóstol ha de ir en pobreza y desprendimiento, para dar gratis lo que gratis ha recibido. El poder es de Dios, de Jesucristo el Señor. No puede apropiárselo nadie. La gratuidad es el signo de que el origen de este poder viene de Dios, y lo llevamos en vasijas de barro.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
15.06.2008